La Serpiente, el Ser y el Colapso del «Yo»

Un Ensayo Topológico sobre Legión, la Mimética Digital
y la Primera Extraccion

En continuidad con

La Topologia de la Presencia: Cuatro Planos de Existencia sobre la Lemniscata

Oscar Gaitan

Abril 2026

Contenido

I. La Curva de la Serpiente

II. La Gramática del Desplazamiento

III. La Cadena Mimética

IV. Legión Revisitado: El Colapso del “Yo”

V. La Raíz del Desarrollo

VI. El Abandono sin Oposición

VII. El Otro como Vector de Desplazamiento

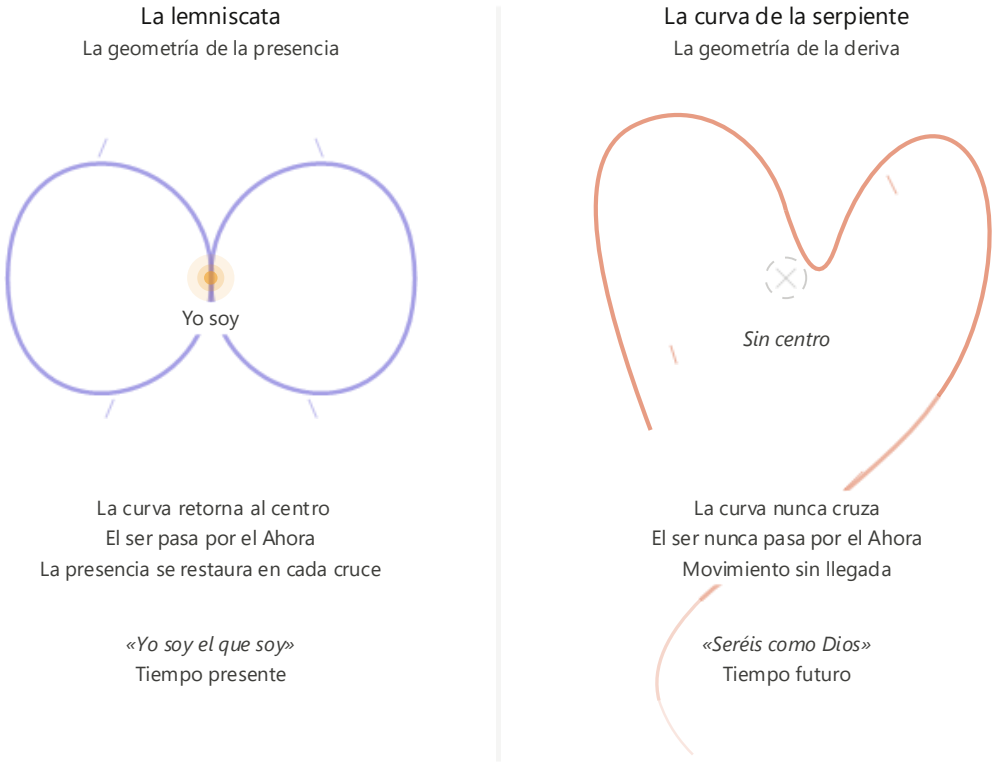
VIII. La Restauración del Centro

Bibliografía

I. La Curva de la Serpiente

«Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.»

— Génesis 3:14



«Sobre tu vientre caminarás» — Génesis 3:14
La pseudo-lemniscata: una curva condenada a la deriva

En la narrativa bíblica, el castigo de la serpiente—«sobre tu vientre caminarás»—es más que zoológico. Es topológico. La serpiente es condenada a un modo específico de movimiento: una curva que se arrastra por el suelo, que gira y oscila, que se parece a la lemniscata pero carece de su característica definitoria. La curva de la serpiente no tiene punto de cruce. Nunca pasa por el centro. Nunca retorna al Ahora.

En la Topología Gaitan, la lemniscata (∞) es la geometría de la presencia. Su figura del ocho pasa a través de un punto de cruce donde el ser es singular, donde la gracia

actúa, donde el divino «Yo soy» sostiene el centro abierto. El punto de cruce es donde los lóbulos del pasado y el futuro convergen en el presente—la única ubicación donde la libertad opera y el encuentro es posible. Cada pasaje a través del centro es un retorno a la presencia.

La curva de la serpiente es la falsificación. Imita el movimiento de la lemniscata—gira, se curva, parece ir a algún lugar—pero nunca cruza. Es una **lemniscata incompleta**: una geometría de movimiento perpetuo sin llegada, de circulación sin centro, de infinito aparente sin el punto que hace significativo al infinito. La lemniscata es la geometría de la presencia. La curva de la serpiente es la **geometría de la deriva**.

Esta distinción no es decorativa. Es estructural. La serpiente no ofrece a la persona un *lugar* alternativo—ofrece una *trayectoria* alternativa. Un camino que se parece al camino de la vida—que se curva y parece moverse hacia algo—pero que nunca llega al punto de cruce, nunca pasa a través del «Yo soy», nunca obliga al sujeto a estar presente. El castigo de la serpiente no es que no pueda moverse. Es que no puede *cruzar*.

✶ ✶ ✶

II. La Gramática de la Deriva

En *La Topología de la Presencia*, argumenté que el tiempo verbal no es una característica neutral del lenguaje sino un indicador ontológico de dónde se encuentra el hablante en relación con el punto de cruce. Dios habla en tiempo presente: ***«Yo soy el que soy.»*** La serpiente habla en tiempo futuro: ***«Seréis como Dios.»*** La Caída es estructuralmente un cambio de tiempo verbal—del indicativo presente al subjuntivo futuro, del ser al devenir-sin-llegar.

La curva de la serpiente extiende esta visión espacialmente. La lemniscata pasa a través del punto de cruce, que es el hogar gramatical del «Yo soy.» Cada vez que la curva cruza el centro, la persona tiene la oportunidad de decir— "Habla Señor, que

tu siervo escucha"—«Aqui estoy.» Tiempo presente. Primera persona. Singular. El punto de cruce es el sitio donde la gramática y la topología convergen: estar en el centro es estar en tiempo presente es ser uno mismo en presencia de Dios.

La curva de la serpiente nunca pasa por este punto. Por lo tanto **no tiene tiempo presente**. Cicla interminablemente a través de «seréis», «yo podría ser», «si tan solo fuera», «cuando finalmente llegue a ser.» Tiempo futuro. Condicional. Subjuntivo. Nunca indicativo. Nunca *Yo soy*. La gramática de la curva de la serpiente es la gramática del aplazamiento hecho espacial—una trayectoria que promete la llegada y nunca la entrega, porque el punto de llegada no existe en su camino.

Es por esto que la tentación de la serpiente funciona. No le pide a la persona que ***niegue*** el presente delante de Dios (Amar a Dios sobre todas las cosas y al projimo como a uno mismo; la moral, la justicia). Le pide que lo ***abandone***—que salga de la lemniscata y entre en una curva que se parece a la lemniscata pero no tiene centro. La persona no nota la ausencia del punto de cruce porque la curva sigue moviéndose. El movimiento se siente como progreso. La circulación se siente como vida. Pero el movimiento sin centro es deriva, y la circulación sin cruce es el castigo de la serpiente extendido a su víctima.

✶ ✶ ✶

III. La Cadena Mimética

«Seréis como Dios.»

— Génesis 3:5

La tentación original era vertical: *seréis como Dios*. La promesa apuntaba hacia arriba—hacia lo divino, hacia la omnisciencia, hacia un modo de ser que trasciende la condición humana. Era falsa, pero al menos estaba orientada. Tenía una dirección. Apuntaba hacia algo, aunque ese algo fuera una mentira.

La iteración moderna de esta tentación ha perdido incluso su dirección. Se ha vuelto **horizontal**. La promesa ya no es «seréis como Dios» sino «seréis como *ellos*.» Como el influencer. Como el extraño con la vida curada. Como la imagen en la pantalla. El deseo se ha vuelto mimético y recursivo:

Yo quiero ser tú. Tú quieres ser él. Él quiere ser ella. Ella quiere ser nosotros. Nosotros queremos ser ellos. Ellos quieren ser Dios.

Esta cadena no es psicológica. Es estructural. Describe el movimiento de un sujeto desplazado del centro, buscando a sí mismo en otro que está igualmente desplazado, el movimiento de la curva de la serpiente: un bucle interminable de deseos prestados, cada uno apuntando al siguiente, ninguno llegando a un centro, ninguno pasando por el «Yo soy.» La cadena no tiene primer término ni último término. Es un bucle cerrado sin punto de cruce—que es exactamente la estructura de la curva de la serpiente.

La cadena mimética es la transmisión de la identidad diferida.

Observe la gramática. Cada eslabón de la cadena está en tiempo futuro o condicional: *yo quiero ser*. No: *yo soy*. La cadena mimética es la gramática de la serpiente hecha social—distribuida entre millones de sujetos, cada uno desplazado de su propio punto de cruce, cada uno circulando en una curva que nunca cruza el centro. Nadie en la cadena dice «Yo soy.» Todos dicen «Yo quiero ser.» El tiempo presente ha sido evacuado. Lo que queda es pura futuridad—la lengua nativa de la serpiente—hablada por una multitud.

Y la razón por la que la persona entra en esta cadena—la razón por la que el deseo mimético se apodera en absoluto—es la condición que describí en *La Topología de la Presencia* como **vista plana**. La persona en la Zona Fantasma no ve más claramente. Ve más planamente. El paisaje moral ha perdido su elevación, su profundidad, su gradiente. El bien y el mal no están confundidos—están aplanados. Todas las identidades tienen igual peso. Todas las vidas se ven iguales desde el plano indiferenciado. La vida dada al «Yo» en el punto de cruce no tiene más reclamo gravitacional que cualquier vida curada en la pantalla. La absorción

de identidades prestadas solo es posible porque la capacidad de discriminación vertical se ha perdido. La persona no entra en la cadena mimética porque sea tonta. Entra porque, desde el plano plano, no hay razón para no hacerlo. Cada opción es equivalente. Cada identidad está disponible. Ninguna tiene más peso que otra.

✶ ✶ ✶

IV. Legión Revisitado: El Colapso del «Yo»

«Mi nombre es Legión, porque somos muchos.»

— Marcos 5:9

Legión no es meramente un endemoniado. Es el símbolo teológico del ser moderno—el ser que ha sido disuelto por la cadena mimética en una colección de identidades prestadas. Cuando dice, «Mi nombre es Legión, porque somos muchos,» nombra la condición de un sujeto que ha perdido la unidad del «Yo.»

En la Topología Gaitan, el «Yo» es lo que existe en el punto de cruce. Es el ser que es singular, presente y creado—dotado de libre voluntad, conciencia y capacidad de encuentro. El «Yo» no es construido. Es recibido. Es el don que Dios da en el centro de la lemniscata, el ser irreducible que dice «Yo soy» porque participa, aunque finitamente, en el «Yo soy» de Dios.

La cadena mimética destruye este «Yo.» No atacándolo directamente—el mal no puede acercarse al punto de cruce—sino atrayendo a la persona lejos de él, hacia la curva de la serpiente, donde el «Yo» es progresivamente reemplazado por fragmentos absorbidos. Las personalidades encontradas a través del desplazamiento—los influencers, los extraños, las fantasías, las vidas curadas—se reúnen dentro del sujeto como una multitud. El mundo interior se puebla de otros. El ser se convierte en anfitrión de deseos prestados.

Esto no es distracción. Es **habitación**. El sujeto digital no meramente observa otras vidas. Las *lleva dentro de sí*. Lleva sus deseos, sus ambiciones, sus estéticas, sus vocabularios. Las identidades prestadas no se quedan en la superficie—

colonizan el interior. Y porque la vista del sujeto ha sido aplanada, no puede distinguir sus propios deseos de los importados. El «Yo» original—el ser creado en el punto de cruce—está enterrado bajo personas acumuladas. No está destruido. Pero es *inalcanzable*. La persona se ha convertido en Legión: una pluralidad sin nombre, una multitud sin centro.

Observe lo que Legión ha perdido. No ha perdido inteligencia—el endemoniado es articulado, incluso elocuente. No ha perdido conciencia—reconoce a Jesús. No ha perdido el habla—puede nombrar su condición con precisión devastadora. Lo que ha perdido es **singularidad**. La capacidad de decir «Yo» y significar una sola cosa. La capacidad de estar en el punto de cruce como un solo ser y decir «Yo soy.» Su conocimiento está presente, pero su presencia está ausente. Sostiene las proposiciones correctas—sabe quién es Jesús—pero no puede habitar ese conocimiento como agente unificado. Se desliza de la superficie de un ser que ya no está allí.

Esta es la expresión más profunda de la Zona Fantasma: **conocimiento sin tracción**. La persona puede sostener las proposiciones morales correctas y aún ser incapaz de experimentarlas como teniendo peso, como haciendo reclamos, como importando. La Zona Fantasma es la condición en la cual el conocimiento está presente pero la presencia está ausente—y sin presencia, el conocimiento no tiene agarre. Legión sabe quién es Cristo. No puede responder como un ser, porque el ser ha sido dispersado.

✶ ✶ ✶

V. La Raíz Desarrollista

¿Por qué es el «Yo» vulnerable a esta disolución en primer lugar? ¿Por qué la cadena mimética se apodera?

La respuesta, como argumenté en *La Topología de la Presencia*, es desarrollista. La Zona Fantasma tiene una raíz, y la raíz es la ausencia—específicamente, la

ausencia de presencia durante los años formativos de la vida de una persona. El padre que estaba en la habitación pero no *ahí*. El cuidador que no modeló lo que significa habitar el Ahora. Porque nadie estaba presente en el punto de cruce, el niño nunca aprendió que el punto de cruce existe. Y porque el niño nunca experimentó el «Yo soy» modelado por otro ser humano, el propio «Yo» del niño nunca fue plenamente consolidado.

Lo que el niño construye en cambio es una arquitectura compensatoria—un universo interior paralelo, elaborado a lo largo de años, poblado por seres imaginados e identidades prestadas. Esta es la proto-Zona Fantasma. En la infancia, los materiales eran analógicos: amigos imaginarios, la casa del árbol, el héroe deportivo. En la adultez, los materiales son digitales: el influencer, el feed curado, el suministro interminable de vidas alternativas del algoritmo. Pero la estructura es la misma. La persona construye un ser a partir de fragmentos porque el ser dado en el punto de cruce nunca fue recibido como real.

La cadena mimética, entonces, no es una invención moderna. Es la **expresión adulta de una herida infantil**. El algoritmo no creó la vulnerabilidad. La ausencia lo hizo. El algoritmo meramente encontró, en la persona cuyo «Yo» nunca fue plenamente formado, un habitante listo para la curva de la serpiente—alguien ya habituado a vivir entre identidades prestadas, ya acostumbrado a construir un ser a partir de materiales externos, ya incapaz de distinguir el ser dado del ensamblado.

Es por esto que la cadena mimética es tan difícil de romper desde dentro. La persona que nunca ha experimentado plenamente el «Yo» en el punto de cruce no sabe lo que le falta. No experimenta la disolución del «Yo» como una pérdida, porque el «Yo» nunca fue suficientemente consolidado como para perderse. Experimenta la cadena mimética como *normal*—como la forma en que la vida es—porque no tiene memoria experiencial de una alternativa. La curva de la serpiente se siente como la única curva que existe.

✶ ✶ ✶

VI. El Abandono sin Oposición

Lo que este ensayo denuncia no es un instrumento, no una empresa, no una plataforma. Lo que denuncia es el **abandono del ser sin oposición**—la rendición de la presencia, de la conciencia, del «Yo» que Dios crea, llevada a cabo no bajo coerción sino en ausencia de resistencia. La microbrecha de la agencia—el espacio infinitesimal entre la atracción y la respuesta, entre el cartel y la salida—permanece disponible en cada momento. La persona aún puede decir no. El punto de cruce aún se sostiene. Y sin embargo la persona no se opone. El ser es evacuado sin protesta. El «Yo» se disuelve sin lucha.

El patrón no es nuevo. Es tan antiguo como el Jardín. La Escritura registra que «cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió» (Génesis 3:6). Observe la secuencia. Eva no delibera. No se rebela. No se para en el punto de cruce y elige contra Dios en desafío. Ella ***ve***. Tres presentaciones: bueno para comer (apetito), agradable a los ojos (estética), codiciable para alcanzar la sabiduría (aspiración). Tres carteles en la curva de la serpiente. Y entonces—sin un momento registrado de resistencia, sin oposición, sin lucha—tomó, y comió, y dio. La pseudo-lemniscata ya estaba operando en el Edén. La serpiente no necesitaba dominar la voluntad de Eva. Solo necesitaba *presentar*—hacer la curva lo suficientemente atractiva para que ella entrara. La microbrecha estaba allí. Ella no la ocupó.

La Primera Extracción

La tradición ha preguntado durante mucho tiempo qué era el fruto—manzana, higo u otro. Pero la narrativa no sostiene esa pregunta. El fruto no se especifica porque el objeto no es el punto. La estructura lo es.

El árbol está en el centro. Marca el lugar del encuentro—el punto de cruce donde Dios está presente, donde el «Yo soy» es dado, donde el ser es recibido en lugar de construido. La prohibición no es sobre una sustancia sino sobre una relación con ese centro.

Lo que está prohibido no es el consumo, sino la extracción.

Cuando la mujer toma el fruto, no simplemente desobedece. Realiza un desplazamiento. Toma del centro lo que solo puede ser recibido dentro de él. Convierte la presencia en objeto, el don en posesión, el encuentro en adquisición. El acto es topológico: es el primer movimiento fuera del punto de cruce hacia la curva de la serpiente.

El fruto es la forma que este movimiento toma. Es el resto visible de un cambio invisible—de ser dado a tomar, de habitar a apropiar, de «Yo soy» a «Yo seré.»

Cada absorción desde entonces ha seguido la misma estructura. La cadena mimética no pide consentimiento. No demanda un momento de ajuste de cuentas. Simplemente *presenta*—interminablemente, sin fricción—y la persona absorbe sin elegir, consume sin decidir, deriva sin notar que la deriva ha comenzado. La microbrecha sigue allí, pero nadie la ocupa. La agencia está disponible, pero nadie la ejerce. La curva de la serpiente triunfa no porque domine la voluntad sino porque **la voluntad nunca es comprometida**.

El resultado no es una rebelión dramática contra Dios. Es algo más silencioso y más completo: la disolución gradual del ser que necesitaría rebelarse o arrepentirse. El «Yo» que Dios crea—el ser singular en el punto de cruce, dotado de libre voluntad y capacidad de presencia—no es atacado. Es *abandonado*. Dejado deshabitado. La persona se aleja del centro no en desafío sino en distracción, no en revuelta sino en absorción, no porque eligiera contra Dios sino porque dejó de elegir en absoluto.

Esta es la forma final de la curva de la serpiente: no la caída dramática de un alma que sabía lo que estaba rechazando, sino la disolución silenciosa de un alma que nunca aprendió lo que poseía. Un ser tan distribuido a través de la cadena mimética que no tiene ubicación, ni centro, ni punto de cruce desde el cual decir «Yo soy.» La serpiente prometió trascendencia. Lo que entregó es la forma más completa de desplazamiento: no un dios, no un rebelde, ni siquiera un pecador en

el sentido tradicional—sino un *fantasma*. Una presencia sin presencia. Un ser que *es* pero no *habita*. Legión.

✶ ✶ ✶

VII. El Otro como Vector de Desplazamiento

El desplazamiento del punto de cruce no ocurre solo a través del tiempo—a través de la memoria del pasado o la ansiedad por el futuro. También ocurre a través de la relación.

El otro, en su forma propia, es el sitio del encuentro. Es en el punto de cruce donde uno verdaderamente se encuentra con otro, no como imagen, no como comparación, sino como presencia. Pero cuando el ser no está centrado, el otro se convierte en un vector de desplazamiento. La atención es atraída hacia afuera—no hacia el encuentro, sino hacia la evaluación, la preocupación, la corrección, la imitación.

El otro se convierte en una medida, una demanda, un espejo.

Esta estructura ya es visible en el Evangelio. Marta no solo está ocupada con muchas cosas. Está ocupada con María. Su perturbación no es simplemente actividad—es relación desplazada de la presencia. «Dile que me ayude.» La atención se ha desplazado del centro al otro, no en encuentro, sino en regulación.

El problema no es la presencia del otro. Es la ausencia del centro desde el cual el otro puede ser encontrado.

✶ ✶ ✶

VIII. La Restauración del Centro

> *«Y vinieron a Jesús, y vieron al que había sido atormentado del demonio sentado, vestido y en su juicio cabal.»*
>
> — Marcos 5:15

La tarea teológica no es condenar la tecnología. La tecnología, en su forma saludable, acelera la creatividad y expande la capacidad humana. La tarea es **restaurar el centro**—recordar al sujeto que el «Yo» no es una construcción sino una creación, que la identidad no se ensambla a partir de fragmentos sino que se recibe como un don, que la presencia no es una actuación sino una ubicación.

Esta restauración no puede lograrse desde dentro de la curva de la serpiente. La persona en la curva de la serpiente no puede, por su propio esfuerzo, saltar al punto de cruce de la lemniscata. Esta es la imposibilidad topológica en el corazón de la Zona Fantasma: no puedes tirar de ti mismo de vuelta al centro desde una trayectoria que no tiene camino hacia el centro. La autoayuda, la automejora, la autooptimización—son movimientos *a lo largo* de la curva de la serpiente, no movimientos *fuera* de ella. Pueden refinar la deriva, pero no restauran el cruce.

En estado de gracia—*in statu gratiae*—el centro se sostiene. Dios no puede ser desplazado del punto de cruce por ninguna fuerza externa a la libre voluntad de la persona. La curva de la serpiente no puede asaltar el centro. Solo puede atraer a la persona lejos de él. Y esto significa que el centro, incluso para la persona más profunda en la Zona Fantasma, no ha sido destruido. No ha sido retirado. El punto de cruce es ontológicamente real incluso cuando la persona no puede habitarlo. La topología se sostiene incluso cuando la persona está perdida en la curva de la serpiente.

Es por esto que Legión es sanado no por autointegración sino por **encuentro**. Los seres dispersos no son recogidos por un acto de voluntad. Son recogidos por una presencia que la Zona Fantasma no puede fabricar y la curva de la serpiente no puede simular.

Cuando Cristo sana a Legión, el hombre es encontrado «sentado, vestido y en su juicio cabal.» Tres cosas han cambiado. Está *sentado*—ya no en movimiento, ya no derivando por la curva de la serpiente. Está *vestido*—ya no expuesto, ya no actuando, ya no ensamblado de fragmentos prestados. Está *en su juicio cabal*—singular, presente, integrado. El «Yo» ha sido devuelto al punto de cruce. Los muchos han sido expulsados. El ser que Dios creó—el «Yo» irreducible que participa en el divino «Yo soy»—ha sido restaurado.

Y la curva de la serpiente es rota.

No porque la serpiente haya sido destruida—la serpiente continúa arrastrándose, girando, imitando el movimiento de la lemniscata. Pero la persona ya no está en ella. La persona ha sido devuelta a la única geometría que pasa por el centro. La lemniscata. La topología de la presencia. El lugar donde el «Yo» fue dado por primera vez, y donde es dado de nuevo.

La restauración del centro no es la construcción de un nuevo ser, ni el refinamiento de los fragmentos dispersos. Es el retorno al punto donde el ser siempre fue dado.

No diferido.
No ensamblado.
No prestado.
No comparado.
No proyectado hacia un futuro que nunca llega.

Yo soy —porque me fue dado.

— ✶ —

Oscar Gaitan
Los Angeles, 01 de abril de 2026
Miércoles Santo

Bibliografía

Sagrada Escritura Génesis 3:5–6 Génesis 3:14 Marcos 5:1–20 Marcos 5:9 Marcos 5:15

Fuentes Patrísticas y Teológicas Agustín de Hipona. *Confesiones*. Traducción de Henry Chadwick. Oxford: Oxford University Press, 1991.

Fuentes Filosóficas Girard, René. *Veo a Satanás caer como el relámpago*. Traducción de James G. Williams. Maryknoll, NY: Orbis Books, 2001.

Obras del Autor Gaitan, Oscar. *La Topología de la Presencia: Cuatro Planos de Existencia sobre la Lemniscata*. Zenodo, 2026. CC BY-NC 4.0. Gaitan, Oscar. *La Lemniscata del Tiempo: Una Topología de la Memoria, la Posibilidad y la Gracia*. Zenodo, 2025. CC BY-NC 4.0.